

FERNANDO BARREJÓN

EP

CIELO ROTO



Yahia sabe que, pese a ser el médico más respetado e influyente en la Granada de 1492, debe tener cuidado con lo que hace ahora que los Reyes Católicos son sus nuevos soberanos. Sobre el papel, las Capitulaciones de Santa Fe garantizan que los naturales de Granada podrán seguir con su fe y sus costumbres, pero la realidad en las calles granadinas no es tan sencilla. Muchos, como el propio Yahia, se han convertido al cristianismo por precaución —aunque siguen practicando el islam en la intimidad familiar—; pero otros se resisten y luchan por mantener sus tradiciones. La convivencia pacífica y respetuosa entre musulmanes y cristianos impulsada por el arzobispo fray Hernando de Talavera se ve frustrada por la llegada a la ciudad del cardenal Cisneros, cuyos métodos provocan que la sangre llegue a correr por las calles de Granada.

A lo largo de más de un siglo, esta novela llena de personajes históricos, recorre la historia de la ciudad de Granada y sus gentes desde la conquista cristiana en 1492. A través de los ojos de Yahia y sus descendientes, podemos conocer mejor los hechos de aquellos años, pero también la tensa convivencia de dos mundos mucho más cercanos de lo que pretendían los poderosos. Gracias a su labor como traductores y médicos de prestigio, los miembros de esta familia pudieron ser testigos directos de varios hallazgos prodigiosos, como los Libros de Plomo, que prometían un mejor entendimiento entre musulmanes y cristianos.

Fernando Barrejón, a través de un exquisito uso del lenguaje y de una recreación fiel y seductora del contexto histórico, nos traslada y nos hace partícipes de un apasionante y decisivo capítulo de nuestra Historia. Visual, sembrada de detalles y descripciones, el autor nos ayuda a imaginar una época en la que la convivencia y la paz eran conceptos frágiles.

Índice de contenido

Nota del autor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Comentarios del autor

Sobre el autor

NOTA DEL AUTOR

Cuando, hace años, un amigo me sugirió escribir una novela sobre los Libros de Plomo del Sacromonte, mi respuesta inmediata fue negativa, para mí no tenía demasiado interés escribir sobre una falsificación urdida por moriscos. Por aquel entonces, me hacía eco de la opinión generalizada entre los estudiosos del tema. Pero mi amigo insistió y me recomendó leer los testimonios escritos sobre el suceso en las fuentes originales de la época, tras lo cual, esa certeza de la falsificación comenzó a perder grados de consistencia, sobre todo después del hallazgo en 2009 en El Cairo de un manuscrito original de Al Hayari, quien había participado activamente en las primeras traducciones de los Libros de Plomo. En su obra *Naser aldin alalqawm alkafirin*, Al Hayari habla con exquisita veneración de los Libros de Plomo, y en ningún momento consta que hubieran sido moriscos los artífices.

Además de esto, también me formulé la gran pregunta. Si la falsificación se atribuye a los moriscos Alonso del Castillo y Miguel de Luna, ¿cómo lo hicieron?

Porque las láminas y Libros de Plomo fueron hallados a tres y cuatro varas de profundidad, enterrados bajo toneladas de piedra y tierra. Es imposible que dos hombres pudieran haber llevado a cabo tal empresa. Ni siquiera encargando el trabajo a una cuadrilla de albañiles moriscos se habría podido hacer, pues en la Granada conquistada, la población morisca estaba estrechamente vigilada, y el lugar del descubrimiento estaba situado a las orillas del camino de Guadix, arteria principal muy transitada en la época.

¿Cómo lo hicieron, pues? Nadie hasta ahora ha respondido a esta cuestión.

En los capítulos 27, 28, 29 y 30, me ciño a los hechos tal como ocurrieron. Son, quizás, los capítulos menos novelescos de la obra, pero he creído conveniente exponer, siempre según las fuentes originales, el devenir de un hecho asombroso, y su repercusión en la vida social, en la Iglesia y en la corte.

Que el lector de esta obra saque sus propias conclusiones.

Capítulo 1

2 DE ENERO DE 1492

Ya era de día, pero no hubo amanecer. Una neblina quieta ocultaba a jirones la Vega y dejaba ver los efectos de la tala devastadora y los incendios. El gélido viento que había azotado Granada en días anteriores cesó, y surgió la neblina constrictora que desdibujaba a trechos la ciudad y la oprimía como un sudario; una niebla fina, más fría que el viento y quieta como la muerte.

A las puertas del palacio de invierno, que llaman el Cuarto de los Leones, una formación de pajes, escuderos, oficiales, cadís, muftís y algunos abencerrajes esperaban al rey demudados y hambrientos, sabedores de que era la última vez que le acompañaban vestido de majestad. Todos callaban en sus puestos y solo se oía el resoplar inquieto de los caballos, que, de vez en cuando, hacían resonar el suelo con sus cascos. Un paje negro sujetaba las riendas del caballo del rey y otro, a su izquierda, portaba una bolsa de cuero con las llaves del palacio y de las fortalezas.

Desde el incierto amanecer, llevaban ya dos horas en sus puestos sin que el rey apareciese, por lo que comenzaron a relajar posturas y a hablar quedamente, murmurando conjeturas de si a última hora el reino no se entregaría. Y aún hubieron de esperar algunas horas más mientras los abencerrajes y los muftís abandonaban la formación entrando y saliendo de palacio.

Al fin apareció en el arco de la Puerta de los Siete Suelos la cetrina figura de Mohammed XII, Boabdil, impecablemente vestido de negro real, con la capa ceremonial sobre

los hombros y, en la cabeza, el turbante con los signos de la realeza. No se quiso encontrar con ninguna mirada y sus ojos repasaron las leyendas cúficas que ornaban las paredes y los capiteles de las gráciles columnas. Había varias alabanzas a su homónimo, el sultán Abu Abdullah. En las de la galería leyó: «Prosperidad perpetua», «Felicidad», «Bendición». Eso leía en las paredes, pero en su corazón sentía los antónimos. «Llor al Dios único», «Los bienes que poseéis vienen de Dios» y, sobre todo, el repetido lema alhambrenño: «Solo Dios es vencedor». Solamente en una de las inscripciones de la galería encontró algo de consuelo, que penetró como una diminuta chispa de luz en sus tinieblas interiores: «Dios es el refugio en toda tribulación». Montó su caballo en silencio y, con un gesto, dio la orden de salida.

Ausente estaba el rey de su cortejo, sus ojos perdidos ya no miraban nada, pero su mente bullía de recuerdos y escenas dolorosas. El día anterior había estado en el Albayzín para hablar de cerca con su pueblo y explicarles las razones de su proceder y la conveniencia de la rendición. Llegó solo, sin la acostumbrada escolta de escuderos y abencerrajes, en un alarde conjunto de valentía y desesperación para hablar directamente con su gente. Fue la única vez que lo hizo sinceramente, como un creyente más, de igual a iguales, pero no le salió bien, porque ya era demasiado tarde. Había sido el instigador de una sangrienta guerra civil entre facciones que querían hacerse con el poder cuando ya estaban rodeados de cristianos por todas partes. Ahora estaba rodeado de sus partidarios y sus detractores, y todos estaban descontentos. Hubo un gran alboroto y un conato de ataque contra su persona. Recordaba al zegrí que espantó su caballo con gritos de libertad y lucha, y a punto estuvo de tirarle entre la multitud; recordaba a Alghassani, el héroe de la resistencia, que le inculpó de cobardía y traición argumentándole que, si hubieran resistido un mes más, el ejército cristiano se habría visto forzado a levantar

el sitio y a retirarse sin conquistar la ciudad; pero recordaba más al joven médico con ropas de cristiano que medió entre los gritos del zegrí y la mortal palidez de su monarca.

—¿Cómo osa un renegado —le espetó orgulloso Boabdil, intentando desviar la atención— mediar entre musulmanes?

—Menos cristiano soy que tú —respondió con aplomo el joven, y prosiguió—: ¿Y cómo osa un príncipe musulmán alzarse en armas contra su padre, dividir el reino y derramar la sangre de otros musulmanes para terminar entregando el reino y su gente a reyes cristianos?

La pregunta recorrió sucintamente toda la línea de errores cometidos por ambición y temeridad, por miedo y por intereses personales. Se oyeron gritos de «¡Traidor!», «¡Vendido!», «¡Comerciante de reinos!». Boabdil miró al arrogante joven y preguntó a los más próximos por su identidad.

—Es nuestro médico —dijo en castellano un joven perturbado y con tono de chanza— y se llama el Médico.

Boabdil miró a la multitud tensa de expectación, el zegrí Azaatur, sujetado por sus amigos para que no le atacara, le miraba con ira y aún le gritó:

—¡Eres un traidor peor que tu padre! ¿Eres un sultán o el perro de los cristianos?

Se hizo el silencio. Todos los presentes tenían algún muerto o herido que reprocharle, y todos estaban cansados tras el prolongado asedio a la ciudad y la hambruna. Boabdil volvió los ojos a Yahia Aljibbis Alhakim, el médico de los pobres, y con voz lastimosa reconoció:

—Sí, es verdad. Confieso haber errado en muchas cosas; en fiarme del enemigo y en alzarme en armas contra mi padre, pecados que los tengo bien pagados. Y hace poco, cuando toda esperanza estaba perdida, es cierto que me senté con el enemigo sin ninguna ventaja, sino conforme a las circunstancias y la necesidad. No entiendo por qué queréis romper la paz que está bien concertada. Porque si todo

nos falta: las fuerzas, las ayudas, la provisión y casi el mismo juicio, estamos en el camino de la perdición.

Hablaba con sinceridad, pero temblaba de frío y de miedo. En el silencio helado pareció rehacerse y, dirigiéndose a la multitud, continuó:

—Cuando hay que elegir entre dos males, se escoge el menos malo, como aconsejan los sabios, y eso debemos hacer. Dejad, pues, el alboroto, porque todo lo que tenemos es del vencedor, y lo que consigamos que nos dejen será de agradecer, porque la necesidad aprieta y el enemigo quiere concluir esta guerra sin reparar en nada.

Lo dijo con verdadero tono de pesadumbre, y todos pensaron en sus familias, en sus casas, en sus bienes: «¡Que nos dejen como estamos!», gritó una anciana. «¡Que respeten nuestras tierras y nuestras leyes!», decían otras mujeres, pero entre los hombres seguía oyéndose «¡Traidor!», «¡Vendido!», «¡Acristianado!», y Boabdil optó por regresar a la Alhambra, seguido de alguna piedra que llegó hasta su caballo.

Subió avergonzado la colina de la Sabika, y ahora, un día después, bajaba avergonzado hasta el extremo, herido como nunca lo estuvo en ninguna batalla, cansado con ese agotamiento infinito que solo puede reparar el sueño eterno. En su abatimiento recordaba los ojos airados del zegrí y de Algassani, y la mirada desafiante y serena de Alhakim. «Ese médico —pensó— debe de pertenecer a ese racimo de familias principales del reino que se hicieron bautizar para asegurar su patrimonio cuando cayó Alhama y vieron el principio del fin». Recordando el rostro del médico, miró un momento al cielo y murmuró: «Salva a mi pueblo», sin saber a quién rogaba, mientras su caballo, a paso incierto, trastabillaba por las pendientes heladas del Mauror.

Ya en el llano, divisó a lo lejos el cortejo cristiano y se apresuró a coger las llaves que les iba a entregar. Tenía las manos frías, pero las llaves le quemaron como cuando era

niño le quemó el hielo apretado de los neveros, cuando jugaba a descubrir los pasadizos y las bodegas secretas de la Alhambra. Eran las llaves heladas de un reino detenido, las llaves que cerraban una puerta a la historia. Y él era el elegido por la mano fatal del destino para cerrar esa puerta. Su ambición, su arrogancia, su temeridad cuando le sonreía la fortuna, y su miedo y cobardía cuando estuvo cautivo en Lucena y después en Loja cerraron precipitadamente el ciclo de la decadencia.

Llegó hasta los cristianos, mas no era el cortejo de los reyes, sino un grupo de prelados, con el cardenal primado de España don Pedro González de Mendoza a la cabeza, rodeado de caballeros, clérigos y tropa, que se adelantaban para tomar simbólicamente la Alhambra con ese lenguaje incontestable de colocar en lo más alto las insignias del vencedor. Llevaban una gran cruz de plata, el pendón de Santiago y el pendón real. Boabdil apenas hizo un gesto de saludo y les dejó ir. Todo estaba perdido, aquella gente entraría en su palacio vacío, en su reino huido, en su paraíso convertido en su infierno, y profanarían su egregia intimidad y sus delicias, trocadas ya en amargura. Se llevó la mano al pecho y el frío de las llaves le cortó el corazón como un filo de hielo. Allí murió realmente, desde entonces solo sería un muerto vivo, o un vivo muerto, un huésped importuno para sí mismo.

Sin casi darse cuenta tuvo ante sí a los reyes cristianos, ataviados con un lujo y una pompa deslumbrantes como nunca antes los había visto. Su mirada perdida adivinó, más que ver, el grupo de rehenes tras los reyes, encabezado por su propio hijo y el alcaide Aben Comixa y su familia, que serían liberados tras la entrega voluntaria y pacífica de la ciudad. En su aturdimiento, no se percató de la intensa felicidad en los rostros de los reyes cristianos. Quiso desmontar para rendirles homenaje, pero el rey Fernando se acercó y se lo impidió amistosamente, momento en que el empedregado sultán besó su hombro derecho, y con manos

temblorosas le entregó las llaves del reino, al tiempo que decía balbuciendo y sin levantar los ojos del suelo:

—Tuyos somos, rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados en que usarás con nosotros de clemencia y de templanza.

Las últimas palabras fueron un susurro ahogado, y el rey cristiano se apiadó de él por un instante, mientras le dejaba partir cabizbajo y humillado, camino del destierro.

Cuando cruzó el Genil por el Vado de los Neveros, sintió el alivio de la nulidad; ya no era nadie, solo el soporte de un cúmulo de errores y derrotas. Un poco más adelante le esperaba su madre, Aixa, llamada la Honesta por su fidelidad inquebrantable a su tradición y sus derechos; ella no quiso asistir al vergonzoso acto de la entrega de su reino, no lo habría podido soportar su dignidad. «Pero yo sí — pensaba el rey sin reino—, yo he de beber hasta la última gota de esta copa amarga que me brinda el destino. Todos los errores de mis aliados y todos los pecados de mi padre caen sobre mí; las traiciones de mi pueblo, su temor y su desesperanza también caen sobre mí; soy el más triste de los hombres».

Tan debilitado estaba tras los ocho largos meses de asedio y hambre que casi se desvanece en su montura, pero un grito inmenso, un alarido de frenesí con miles de gargantas, estalló en el aire como si el mundo hubiera enloquecido repentinamente. Boabdil, traspasado por el aullido de alegría de los cristianos, volvió los ojos a la Alhambra y vio sobre la Torre de Comares la cruz de plata que portaban los clérigos. Eran las tres de la tarde. Las tres de la tarde de un día que no tuvo amanecer, que todo fue ocaso.

Te Deum laudamus, te Dominum confitemur. Te eternum Patrem omnis terrae veneratur... Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabahot... Los cristianos daban gracias al Dios de los ejércitos a voz en grito, desafinando, descomponiendo el canto en aullidos de triunfo.

También Yahia Aljibbis Alhakim miraba el espectáculo desde la terraza de su casa del Albayzín. Todos los vecinos hacían lo mismo: mirar con estupor la cruz de plata, flanqueada por el estandarte de Santiago y el pendón de los reyes cristianos. También en el Albayzín se oían gritos, ayes y alaridos, pero de dolor desesperado. La madre de Yahia, que aún vestía de musulmana, como los siervos y siervas de su casa, se contagió de histeria nerviosa y comenzó a chillar señalando la cruz:

—¡Es la cruz de Satán! Los diablos están bailando en las almenas...

Yahia la abrazó y le acarició la cabeza mientras decía:

—Cálmate, madre, que no es la cruz del diablo, ni siquiera la cruz de Cristo; es una espada de muerte clavada en el corazón de Al Ándalus.

Con estertores lloró la madre sobre el pecho de su hijo, mientras él le decía palabras cariñosas y comentaba la situación:

—Nosotros lo sabíamos, no debe extrañarnos, solo estamos asistiendo al cumplimiento de un destino previsto hace años. Pero no te preocupes, madre: nuestro rey desgraciado ha conseguido de estos reyes garantías de libertad y de respeto para los naturales de Granada. No te quedarás sin sirvientas ni amigas, todos permaneceremos aquí mientras el cielo nos cobije. Y da lo mismo —concluyó— obedecer a un rey cristiano que no es cristiano o a un rey musulmán que no es musulmán.

—Es verdad, hijo; eso mismo decía tu padre cuando nos aconsejó el bautismo, pero ¡qué días tan tristes para celebrar tu boda!

—Ocúpate de ello, madre, que va a ser como la boda de un príncipe.

La madre se fue algo más consolada al interior de la casa y Yahia y sus amigos siguieron observando el ajetreo en los baluartes y las torres, el ir y venir de yelmos y de hábitos por los adarves tomando posiciones. Miles de ojos contem-

plaban calladamente la profanación cuando, desde unas terrazas más allá, llegó nítido el lamento de una canción. Yahia reconoció a su amigo Ben Baqui, el de la hermosa voz, que entonaba con emoción contenida la canción prohibida por Boabdil con pena de muerte a quien la cantara, porque hacía cundir el desánimo en la población y desmoralizaba a las tropas. Ben Baqui cantaba con su mejor timbre de voz ¡Ay de mi Alhama!..., una canción tan hermosa y dolorosa que agrieta los corazones y desmenuza el alma de nostalgia y pesadumbre por la pérdida de Alhama, en la triste fecha que algunos, certeramente, computaron como el principio del fin:

*Habéis de saber, hermanos,
una nueva desdichada,
que cristianos de braveza
ya nos han quitado Alhama.
¡Ay de mi Alhama!
Así habló un alfaquí
de barba crecida y cana;
bien se te emplea, mal rey,
mal rey, bien se te empleara.
¡Ay de mi Alhama!
Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tú y tu reino
y aquí se pierda Granada.
¡Ay de mi Alhambra!...*

Eran las tres de la tarde de un interminable día sin amanecer, un día frío de enero que congeló ocho siglos de historia bajo el lamento de una canción que vibraba en el aire estremeciendo los corazones. Ni un pájaro en el cielo. La niebla se densificaba, parecía el anochecer. Los amigos se fueron. Yahia Aljibbis Alhakim lloraba en silencio.

Capítulo 2

LAS CAPITULACIONES

En los días posteriores, no cesó la agitación en la ciudad y en la Alhambra. Por las callejas del Albayzín había más soldados que vecinos, y Yahia y Ben Baqui bajaban por la cuesta de la Caaba conversando animadamente.

—¿Es que ellos no tienen pregoneros? —decía Ben Baqui—. ¿Tengo que ser yo, el almuédano de la aljama, el que ha de ponerse a su servicio?

—Ellos no hablan árabe. Y no estás a su servicio, es un servicio a nuestra gente.

—Pero ya están escritas; en la madraza se pueden ver, y en todas las casas y en todas las mezquitas no se habla de otra cosa.

—Hay gente que no sabe leer y gente que no va a las mezquitas, y judíos, y elches^[1]; a todos nos incumben las capitulaciones. Yo las he traducido escrupulosamente —le mostró los pliegos enrollados— y no hay mejor voz que la tuya para lanzarlas al aire. No te pongas gruñón; eres mi mejor amigo y casi mi hermano, y no quiero en la familia un miembro quejoso.

—Yahia —dijo Ben Baqui deteniéndose y mirando seriamente a su amigo—, ¿por qué no estás asustado? ¿Qué sabes que nosotros no sepamos? Tu padre era amigo de los cristianos y tú vas por el mismo camino, ¿por qué? El enemigo acaba de ocupar nuestro reino y tú estás tan tranquilo. ¿Qué sabía tu padre de todo esto?

—Nada sabía más que tú o más que yo acerca de lo que está ocurriendo —dijo Yahia reanudando la marcha—,